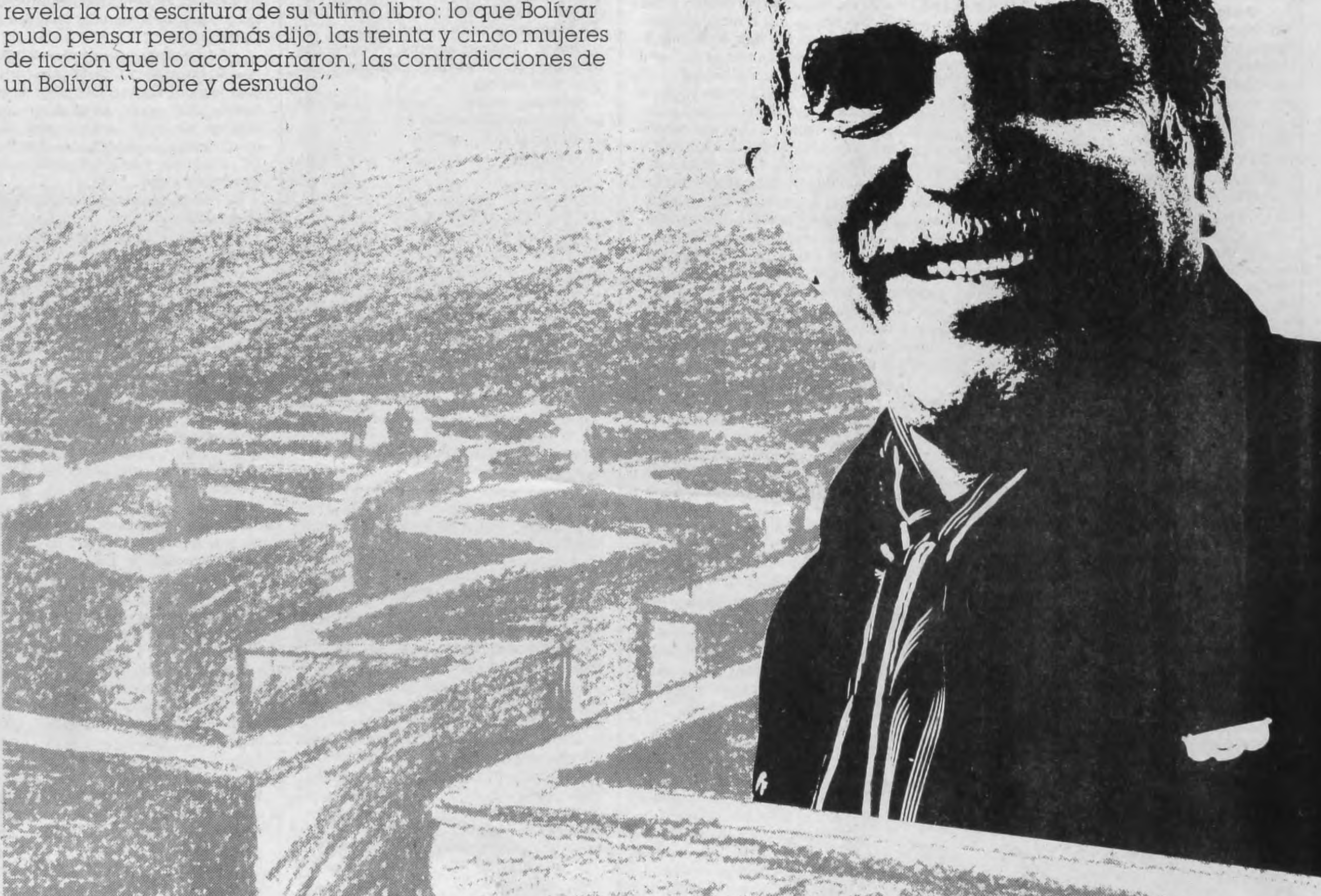
CULTURAS

REPORTAJE EXCLUSIVO

GARCIA MARQUEZ EN SU LABERINTO

Quería escribir la historia del río Magdalena y finalmente —cuatro años después, miles de documentos después— escribió sobre los últimos días de uno de los colombianos que cruzó ese río. Repitió de memoria a Simón Bolívar en el colegio, pero no lo conoció hasta que pudo desenredar la última frase de *El General en su laberinto*. En diálogo con María Elvira Samper, para *La Semana* de Colombia, *La Jornada* de México y **Página/12** de la Argentina, Gabriel García Márquez revela la otra escritura de su último libro: lo que Bolívar pudo pensar pero jamás dijo, las treinta y cinco mujeres de ficción que lo acompañaron, las contradicciones de un Bolívar ``pobre y desnudo''.



Suplemento de **Página / 12**

"Quería escribir sobre el río Magdalena, y me pareció que el mejor pretexto para contar el río era el viaje de Bolívar."



EN SU LABERINTO

Por María Elvira Samper

Después de varias llamadas a su casa en Ciudad de México, aceptó darme una entrevista. Con una condición. Con una restricción: no hablar de política. "Decidí no hablar de política —me dijo— desde que me di cuenta que uno no sabe a quién creerle, que uno no sabe quién dice la verdad y quién miente." Eso mismo me lo había dicho antes, la última vez que lo entrevisté, también en México, en mayo de 1985. Entonces, la llamada paz de Belisario Betancur estaba enredada. Fue cuando García Márquez dio las primeras puntadas de su tesis sobre la guerra de la información. La manipulación de la información. Para él era uno de los factores clave de ese laberinto en el que estaba atorada la paz. Ahora —me repite— no quiere meterse en honduras. No quiere hablar de política. Acepto. Es uno de los derechos sagrados del entrevistado: decir sí y poner "peros". Acepto, porque me interesa saber qué piensa ahora que ha puesto punto final a su última novela, *El general en su laberinto*. Desde ya, aun antes de ser publicada, ha generado una polémica. No propiamente histórica, sino ética.

García Márquez me recibe en su casa. Está más delgado. "Mira, niña, estoy haciendo dieta de modelo", me dice como para recordarme, una vez más, que tiene una inquebrantable fuerza de voluntad y una disciplina a toda prueba, casi militar. Y está mucho más canoso. El tema obligado, el aperitivo del almuerzo, claro está, es la situación de Colombia. Y aunque me ha advertido que no quiere hablar sobre el tema, se le escapa uno que otro concepto, que ahora, al vuelo, trato de recordar. "Mira, las cosas se están aclarando un poco y eso me hace ser optimista. Se están definiendo con más claridad las fuerzas y los sectores del país: la guerrilla, el narcotráfico, los militares, los paramilitares, el clero, los industriales, los políticos, el gobierno civil. Colombia es un país en el cual hay una fragmentación del poder y cada cual maneja su cuota de acuerdo con sus intereses. El problema es que el gobierno civil es el que menos cuota tiene." No resisto la tentación de preguntarle sobre la forma como analiza el problema del narcotráfico, y en algunos casos el maridaje guerrilla-narcotráfico, la respuesta paramilitar... Me corta: "Te dije que no quiero hablar sobre esos temas".

No aventuro más preguntas. Entramos en materia, *El general...*, la novela que, después de haber leído con el tiempo pisándome los talones, me deja la sensación de que García Márquez ha decidido bajar a Bolívar de su pedestal, para mostrarlo en términos literales y literarios, desnudo.

—Aunque siempre ha dicho que después de publicado un libro deja de interesarle, ¿qué siente ahora cuando le ha puesto punto final a El general en su laberinto?

—Este es el único libro con el que estoy absolutamente tranquilo. Primero que todo, porque en ninguno había trabajado tanto. Hay dos años de máquina y un poco más de tres de investigación. Es el libro tal como yo lo quería escribir. Es un trabajo desde el punto de vista técnico, histórico y literario, exactamente como yo quería que fuera, con la medida que yo quería darle. Estoy absolutamente seguro de que Bolívar era así.

—¿No sintió también tranquilidad con ese éxito sin precedentes que ha sido El amor en los tiempos del cólera?

—No. Con *El amor...* sentí mucho temor. Para mí era una aventura. Tenía el riesgo de lo cursi, del melodrama... Bolívar es una empresa literaria en la cual me empeñé con todos los conocimientos documentales, técnicos e intelectuales y creo haberlo logrado. Pero, además, *El general...* tiene una importancia más grande que todo el resto de mi obra. Demuestra que toda mi obra corresponde a una realidad geográfica e histórica. No es el realismo mágico y todas esas cosas que se dicen. Cuando lees el Bolívar te das cuenta de que todo lo demás tiene, de alguna manera, una base documental, una base histórica, una base geográfica que se comprueba con *El general...* Es como otra vez *El coronel no tiene quien le escriba*, pero fundamentado históricamente. En el fondo yo no he escrito sino un solo libro, que es el mismo que da vueltas y vueltas, y sigue.

—¿De dónde surgió la idea de escribir sobre Bolívar, sobre el último viaje de Bolívar?

—Fíjate, yo no pensé nunca que iba a escribir ese libro sobre Bolívar. Yo quería escibir el libro sobre el río Magdalena. Yo viajé por el río Magdalena once veces, ida y vuelta. Conozco ese río pueblo por pueblo, árbol por árbol. Me parecía que el mejor pretexto para contar el río era ese viaje de Bolívar.

—Entonces, ¿cuándo comienza Bolívar a interesarle más que la historia del río?

—Hay un momento en que me pongo a pensar en cómo sería ese hombre, para poder saber si tiene que hablar, si tiene que moverse... Y empiezo a hundirme, a hundirme, y entonces me doy cuenta —qué barbaridad— de que este hombre no tiene absolutamente nada que ver con lo que le enseñan a uno en la escuela. Comencé a leer biografías de Bolívar y fui dándome cuenta de la clase de ser humano que era. Lo encontré tan familiar, tan conocido. Era como mucha gente que conozco en Venezuela, en Colombia. Era muy caribe. Empecé a quererlo mucho y empecé a tener una gran compasión de él. Y sobre todo, empecé a sentir rabia por lo que le habían hecho.

—¿Cuál de las biografías que leyó le gustó más?

—Sorpréndete. La biografía de Indalecio Liévano Aguirre es de las mejores que hay. Lo que pasa es que Indalecio estaba negado para la literatura. Tiene un estilo muy árido. Pero lo que es su posición, su información, la organización de los datos, el concepto... Políticamente es excelente.

—¿Cuál era la imagen que usted tenía de Bolívar cuando empezó a escribir la novela?

—Era la del colegio, la de Henao y Arrubla —"su voz era penetrante como el sonido del clarín, etcétera, etcétera"—. Esa descripción es la de O'Leary, pero no le dan el crédito. En realidad, no tenía la menor idea de cómo era Bolívar. Ahora me pongo a pensar en toda esa muchachada que sale de la escuela. Creo que no tiene la menor idea sobre Bolívar.

—¿Por qué, entonces, escribir sobre el último viaje y no "la" biografía de Bolívar?

—El problema consiste en que soy incapaz de explicar mi libro. Escribí ese libro para tratar de explicarme yo mismo cómo era todo eso. El viaje era la parte menos documentada de la vida de Bolívar. El, que escribía tantas cartas, durante ese viaje no escribió sino dos o tres, nadie escribió notas, nadie llevó memorias. Era entonces lo que me permitía escribir sin mayores limitaciones para la imaginación. ¡Qué maravilla! Podía inventar todo.

—¿Y el dilema novela histórica-historia novelada?

—Novela total. El hecho de que no hubiera documentación me hizo sentir cómodo. El hecho de que fuera novela, me permitía meterme en la cabeza de Bolívar. Pero llegué al convencimiento de que he escrito una biografía de Bolívar, en el sentido de que creo que esa es su personalidad.

—¿Qué método empleó?

—El método que he empleado es: si esas eran las condiciones históricas y políticas, si la situación humana era esa, si en sus cartas decía esto o aquello, entonces en su cabeza sucedía esto. Por eso tenía que hacer novela, porque si me ponía a hacer historia, me limitaba mucho. La novela tiene libertad absoluta.

—¿Y la historia no le imponía limitaciones?

—La psicología del personaje, su comportamiento, su personalidad, son ficción, aunque con base en muchos documentos, hay algo interesante: no hay un solo dato histórico que no esté archirreconfirmado. ¿Y eso qué me permite? Que lo que no está documentado, estoy en absoluta libertad de inventarlo.

—¿Cabe entonces aquí la teoría del iceberg de Hemingway: la gigantesca mole de hielo que vemos flotar logra ser invulnerable, porque debajo del agua la sostienen los siete octavos de su volumen?

—Sí, lo que se nota en *El general...* es la enorme cantidad de información que hay sumergida.

—¿Enfrentarse a la historia, a la investigación histórica, le presentó algún problema?

—Sí. Primero, carecía por completo de experiencia y de método. Nunca en mi vida había trabajado un dato histórico, lo había trabajado periodísticamente. Pero eso de rastrear, de rastrear hasta el fondo, no lo había hecho. Por falta de método perdí mucho tiempo, perdí humor, me cansé innecesariamente. Si volviera a escribir un libro histórico, lo escribiría con más facilidad porque ya tengo idea.

—¿En ese rastreo encontró cosas curiosas?

—Sí. Por ejemplo, en ninguna parte —y te desafío a que busques un dato— se dice que Bolívar usaba lentes. De pronto encontré en el inventario de sus bienes después de muerto, que había un par de lentes. Rápidamente fui a confirmar y descubrí que llamaban lentes a los catalejos.

—¿Por qué decidió, entonces, que Bolívar usaba anteojos?

—¿Cuántos años tenía Bolívar cuando murió?

—47 años.

—Bueno, ¿qué ser humano,a esa edad, no comienza a tener presbicia? ¿Qué ser humano a esa edad no usa lentes? Y, sobre todo, un hombre que era un lector incansable, que leía con vela. Puede que lo pudiera disimular, pero para leer documentos a la luz de una vela tenía que tener lentes.

—Usted dice que siempre sus libros comienzan con una imagen. ¿En qué momento surge la imagen del Bolívar desnudo en la bañera con la que comienza el libro?

—He dicho eso, pero no necesariamente quiere decir que esa imagen sea la primera del libro, aunque sea este el caso y el de *Cien años de soledad*. Empecé a estudiar la iconografía de Bolívar. Lo veía, pero no podía concebir que esa fuera la imagen del Libertador. No lograba creer en la existencia de ese personaje. No lograba visualizarlo. Pero de pronto encontré una frase de Bolívar joven: "Moriré pobre y desnudo". Entonces vi exactamente cómo tenía que ser. No era propiamente la imagen de la bañera, pero sí la de la desnudez. Más tarde encontré el testimonio de un diplomático inglés que cuenta que llegó a Bogotá. El diplomático dice que fue a Palacio y que encontró a unos soldados jugando una especie de dados con prendas. Bolívar, desnudo en una hamaca, llevaba con las plantas de los pies el compás de una marcha republicana que estaba silbando, mientras O'Leary, sentado en el suelo, escribía la frase que él le había dictado. En ese momento vi a Bolívar. Prescindí del frío de Bogotá, de que era el Presidente, del palacio presidencial, de todo. Y dije: ese es el Bolívar, meciéndose en una hamaca, desnudo. Así somos en la costa. Pero es una anécdota. Fíjate, todo lo que los historiadores consideran falso fue lo que a mí me emocionó y lo

CORRECTORES

Luego de estar terminado desde octubre pasado, García Márquez siguió su inveterada costumbre de someter el original de *El General...* al juicio de sus amigos más cercanos, quienes aportaron nuevos datos y algunas precisiones. Así, sólo en marzo la editorial Oveja Negra tuvo en su poder el original definitivo de la obra, que vino en un moderno *diskette* de computador. Durante todo un fin de semana, día y noche, media docena de correctores de la casa editorial se enfrentaron a la novela. Durante todo este tiempo estuvieron comunicados vía telefax con el escritor. Fuera de algunas erratas, atribuidas al personal encargado de levantar el texto, todo aquello que los correctores colombianos consideraron como error, fue sustentado y mantenido por el escritor. Lo que sigue es uno de los muchos comunicados que durante ese fin de semana Gabo les envió a sus correctores.

Para los sufridos correctores Gabo:

Una armazón. Lo uso como femenino, a pesar de las dos aes seguidas, porque me suena más anticuado. He querido darle a todo el relato un tono casi imperceptible de crónica de la época, que ojalá haya logrado sin exageraciones.

Gran Mariscal o general. El problema fue estudiado en su momento y se decidió no unificarlos para hacer alguna distinción entre las menciones solemnes y las que lo son menos.

La fiesta antes de que. Discutible o no, *el que* después de *después* o de *antes* lo he usado a mi antojo por la muy subjetiva razón del ritmo en la frase. Así que no hay problema: el abuso no es del corrector sino del autor.

Vals o *valse.* Ambas son correctas: Bolívar decía *vals*, de acuerdo con su tiempo, y el narrador dice *valse* de acuerdo con el suyo. Así lo encontrarán en todo el relato.

Otro sí. Cualquier adverbio en *mente* que encuentren por ahí les ruego señalármelo, salvo si es en una cita.

Asimismo les ruego consultarme no sólo las dudas sino también las convicciones.

Muchas gracias, y reciban un abrazo, con mi admiración y mi compasión de siempre.



"Quería escribir sobre el río Magdalena, y me pareció que el mejor pretexto para contar el río era el viaje de Bolívar."



EN SU LABERINTO

Por María Elvira Samper

Después de varias llamadas a su casa en Ciudad de México, aceptó darme una entrevista. Con una condición. Con una restricción: no hablar de política. "Decidí no hablar de política —me dijo— desde que me di cuenta que uno no sabe a quién creerle, que uno no sabe quién dice la verdad y quién miente." Eso mismo me lo había dicho antes, la última vez que lo entrevisté, también en México, en mayo de 1985. Entonces, la llamada paz de Belisario Betancur estaba enredada. Fue cuando García Márquez dio las primeras puntadas de su tesis sobre la guerra de la información. La manipulación de la información. Para él era uno de los factores clave de ese laberinto en el que estaba atorada la paz. Ahora —me repite— no quiere meterse en honduras. No quiere hablar de política. Acepto. Es uno de los derechos sagrados del entrevistado: decir sí y poner "peros". Acepto, porque me interesa saber qué piensa ahora que ha puesto punto final a su última novela, *El general en su laberinto*. Desde ya, aun antes de ser publicada, ha generado una polémica. No propiamente histórica, sino ética.

García Márquez me recibe en su casa. Está más delgado. "Mira, niña, estoy haciendo dieta de modelo", me dice como para recordarme, una vez más, que tiene una inquebrantable fuerza de voluntad y una disciplina a toda prueba, casi militar. Y está mucho más canoso. El tema obligado, el aperitivo del almuerzo, claro está, es la situación de Colombia. Y aunque me ha advertido que no quiere hablar sobre el tema, se le escapa uno que otro concepto, que ahora, al vuelo, trato de recordar. "Mira, las cosas se están aclarando un poco y eso me hace ser optimista. Se están definiendo con más claridad las fuerzas y los sectores del país: la guerrilla, el narcotráfico, los militares, los paramilitares, el clero, los industriales, los políticos, el gobierno civil. Colombia es un país en el cual hay una fragmentación del poder y cada cual maneja su cuota de acuerdo con sus intereses. El problema es que el gobierno civil es el que menos cuota tiene." No resisto la tentación de preguntarle sobre la forma como analiza el problema del narcotráfico, y en algunos casos el maridaje guerrilla-narcotráfico, la respuesta paramilitar... Me corta: "Te dije que no quiero hablar sobre esos temas".

No aventuro más preguntas. Entramos en materia, *El general...*, la novela que, después de haber leído con el tiempo pisándome los talones, me deja la sensación de que García Márquez ha decidido bajar a Bolívar de su pedestal, para mostrarlo en términos literales y literarios, desnudo.

—Aunque siempre ha dicho que después de publicado un libro deja de interesarle, ¿qué siente ahora cuando le ha puesto punto final a El general en su laberinto?

—Este es el único libro con el que estoy absolutamente tranquilo. Primero que todo, porque en ninguno había trabajado tanto. Hay dos años de máquina y un poco más de tres de investigación. Es el libro tal como yo lo quería escribir. Es un trabajo desde el punto de vista técnico, histórico y literario, exactamente como yo quería que fuera, con la medida que yo quería darle. Estoy absolutamente seguro de que Bolívar era así.

—¿No sintió también tranquilidad con ese éxito sin precedentes que ha sido El amor en los tiempos del cólera?

—No. Con *El amor...* sentí mucho temor. Para mí era una aventura. Tenía el riesgo de lo cursi, del melodrama... Bolívar es una empresa literaria en la cual me empeñé con todos los conocimientos documentales, técnicos e intelectuales y creo haberlo logrado. Pero, además, *El general...* tiene una importancia más grande que todo el resto de mi obra. Demuestra que toda mi obra corresponde a una realidad geográfica e histórica. No es el realismo mágico y todas esas cosas que se dicen. Cuando lees el Bolívar te das cuenta de que todo lo demás tiene, de alguna manera, una base documental, una base histórica, una base geográfica que se comprueba con *El general...* Es como otra vez *El coronel no tiene quien le escriba*, pero fundamentado históricamente. En el fondo yo no he escrito sino un solo libro, que es el mismo que da vueltas y vueltas, y sigue.

—¿De dónde surgió la idea de escribir sobre Bolívar, sobre el último viaje de Bolívar?

—Fíjate, yo no pensé nunca que iba a escribir ese libro sobre Bolívar. Yo quería escibir el libro sobre el río Magdalena. Yo viajé por el río Magdalena once veces, ida y vuelta. Conozco ese río pueblo por pueblo, árbol por árbol. Me parecía que el mejor pretexto para contar el río era ese viaje de Bolívar.

—Entonces, ¿cuándo comienza Bolívar a interesarle más que la historia del río?

—Hay un momento en que me pongo a pensar en cómo sería ese hombre, para poder saber si tiene que hablar, si tiene que moverse... Y empiezo a hundirme, a hundirme, y entonces me doy cuenta —qué barbaridad— de que este hombre no tiene absolutamente nada que ver con lo que le enseñan a uno en la escuela. Comencé a leer biografías de Bolívar y fui dándome cuenta de la clase de ser humano que era. Lo encontré tan familiar, tan conocido. Era como mucha gente que conozco en Venezuela, en Colombia. Era muy caribe. Empecé a quererlo mucho y empecé a tener una gran compasión de él. Y sobre todo, empecé a sentir rabia por lo que le habían hecho.

—¿Cuál de las biografías que leyó le gustó más?

—Sorpréndete. La biografía de Indalecio Liévano Aguirre es de las mejores que hay. Lo que pasa es que Indalecio estaba negado para la literatura. Tiene un estilo muy árido. Pero lo que es su posición, su información, la organización de los datos, el concepto... Políticamente es excelente.

—¿Cuál era la imagen que usted tenía de Bolívar cuando empezó a escribir la novela?

—Era la del colegio, la de Henao y Arrubla —"su voz era penetrante como el sonido del clarín, etcétera, etcétera"—. Esa descripción es la de O'Leary, pero no le dan el crédito. En realidad, no tenía la menor idea de cómo era Bolívar. Ahora me pongo a pensar en toda esa muchachada que sale de la escuela. Creo que no tiene la menor idea sobre Bolívar.

—¿Por qué, entonces, escribir sobre el último viaje y no "la" biografía de Bolívar?

—El problema consiste en que soy incapaz de explicar mi libro. Escribí ese libro para tratar de explicarme yo mismo cómo era todo eso. El viaje era la parte menos documentada de la vida de Bolívar. El, que escribía tantas cartas, durante ese viaje no escribió sino dos o tres, nadie escribió notas, nadie llevó memorias. Era entonces lo que me permitía escribir sin mayores limitaciones para la imaginación. ¡Qué maravilla! Podía inventar todo.

—¿Y el dilema novela histórica-historia novelada?

—Novela total. El hecho de que no hubiera documentación me hizo sentir cómodo. El hecho de que fuera novela, me permitía meterme en la cabeza de Bolívar. Pero llegué al convencimiento de que he escrito una biografía de Bolívar, en el sentido de que creo que esa es su personalidad.

—¿Qué método empleó?

—El método que he empleado es: si esas eran las condiciones históricas y políticas, si la situación humana era esa, si en sus cartas decía esto o aquello, entonces en su cabeza sucedía esto. Por eso tenía que hacer novela, porque si me ponía a hacer historia, me limitaba mucho. La novela tiene libertad absoluta.

—¿Y la historia no le imponía limitaciones?

—La psicología del personaje, su comportamiento, su personalidad, son ficción, aunque con base en muchos documentos, hay algo interesante: no hay un solo dato histórico que no esté archirreconfirmado. ¿Y eso qué me permite? Que lo que no está documentado, estoy en absoluta libertad de inventarlo.

—¿Cabe entonces aquí la teoría del iceberg *de Hemingway: la gigantesca mole de hielo que vemos flotar logra ser invulnerable, porque debajo del agua la sostienen los siete octavos de su volumen?*

—Sí, lo que se nota en *El general...* es la enorme cantidad de información que hay sumergida.

—¿Enfrentarse a la historia, a la investigación histórica, le presentó algún problema?

—Sí. Primero, carecía por completo de experiencia y de método. Nunca en mi vida había trabajado un dato histórico, lo había trabajado periodísticamente. Pero eso de rastrear, de rastrear hasta el fondo, no lo había hecho. Por falta de método perdí mucho tiempo, perdí humor, me cansé innecesariamente. Si volviera a escribir un libro histórico, lo escribiría con más facilidad porque ya tengo idea.

—¿En ese rastreo encontró cosas curiosas?

—Sí. Por ejemplo, en ninguna parte —y te desafío a que busques un dato— se dice que Bolívar usaba lentes. De pronto encontré en el inventario de sus bienes después de muerto, que había un par de lentes. Rápidamente fui a confirmar y descubrí que llamaban lentes a los catalejos.

—¿Por qué decidió, entonces, que Bolívar usaba anteojos?

—¿Cuántos años tenía Bolívar cuando murió?

—47 años.

—Bueno, ¿qué ser humano,a esa edad, no comienza a tener presbicia? ¿Qué ser humano a esa edad no usa lentes? Y, sobre todo, un hombre que era un lector incansable, que leía con vela. Puede que lo pudiera disimular, pero para leer documentos a la luz de una vela tenía que tener lentes.

—Usted dice que siempre sus libros comienzan con una imagen. ¿En qué momento surge la imagen del Bolívar desnudo en la bañera con la que comienza el libro?

—He dicho eso, pero no necesariamente quiere decir que esa imagen sea la primera del libro, aunque sea este el caso y el de *Cien años de soledad*. Empecé a estudiar la iconografía de Bolívar. Lo veía, pero no podía concebir que esa fuera la imagen del Libertador. No lograba creer en la existencia de ese personaje. No lograba visualizarlo. Pero de pronto encontré una frase de Bolívar joven: "Moriré pobre y desnudo". Entonces vi exactamente cómo tenía que ser. No era propiamente la imagen de la bañera, pero sí la de la desnudez. Más tarde encontré el testimonio de un diplomático inglés que cuenta que llegó a Bogotá. El diplomático dice que fue a Palacio y que encontró a unos soldados jugando una especie de dados con prendas. Bolívar, desnudo en una hamaca, llevaba con las plantas de los pies el compás de una marcha republicana que estaba silbando, mientras O'Leary, sentado en el suelo, escribía la frase que él le había dictado. En ese momento vi a Bolívar. Prescindí del frío de Bogotá, de que era el Presidente, del palacio presidencial, de todo. Y dije: ese es el Bolívar, meciéndose en una hamaca, desnudo. Así somos en la costa. Pero es una anécdota. Fíjate, todo lo que los historiadores consideran falso fue lo que a mí me emocionó y lo que me dio la imagen exacta de Bolívar.

"El mundo está dividido entre los que cagan bien y los que cagan mal."



—¿Por qué repudiaron esa anécdota?

—Porque los historiadores sostienen que en esa fecha O'Leary no estaba en Bogotá.

—¿No habrá más bien, en el fondo, temor a desmitificar la imagen de Bolívar?

—¡Claro que es el temor a desmitificarlo! Mis amigos, los historiadores venezolanos que han leído el libro, después de que lo trabajamos históricamente a fondo, no han tenido ya más reproches que hacerle al libro. Pero uno de ellos me pidió, por favor, que lo vistiera.

—Como lo que sucedió con los frescos de Miguel Angel de la Capilla Sixtina. ¿Por qué?

—Porque dice que todo el libro es muy respetuoso, es una gran reverencia. Pero eso de que esté desnudo... nadie anda desnudo. Yo le dije: tú sabes que es cierto. Yo ando desnudo en mi casa, y conozco muchísima gente de la costa, sobre todo hombres, que andan desnudos.

—La desnudez... ¿Con cuál otro rasgo logró darle al héroe carne y hueso?

—Otra cosa que me ayudó mucho para hacerme idea de la personalidad fue algo que encontré en un relato del pintor José María Espinosa, en *Memorias de un abanderado*. El está pintando a Bolívar en el Palacio de San Carlos. Manuelita vivía enfrente. Es unos días antes del atentado de setiembre. De pronto se oye una gritería. Bolívar deja de posar y se asoma al balcón. Ve a un oficial de a caballo que atraviesa el patio a la carrera y le dice: "Qué, ¿anda usted de carrera?". Y el tipo se voltea y le dice: "No he matado a ese cartagenero por respeto a no sé qué cosa". Ese Bolívar que se asoma y grita, es el Bolívar de verdad. Pero nadie ha considerado los relatos de Espinosa, porque era un pintor.

"Decidí no hablar de política porque me di cuenta que uno no sabe a quién creerle, uno no sabe quién miente y quién dice la verdad."



—A propósito de las pinturas y de la iconografía de Bolívar, ¿cuál es el retrato que más se aproxima a su Bolívar?

—Creo que el más cercano es el de un autor anónimo, el Bolívar haitiano, que es el que describo yo en el almuerzo con Miranda Lindsay.

—¿De dónde surge Miranda Lindsay?

—Es totalmente de ficción. De todas las mujeres, yo me quedé con Manuela. Hay 35, de las cuales algunas parece que son históricas, otras no. Entonces decidí inventármelas a todas, salvo a Manuela, que es como aparece en el libro.

—Si Bolívar quería tanto a Manuela, ¿por qué la deja?

—Bolívar siempre deja a Manuela. Lo que pasa es que ahora se nota, porque él se murió. Era la última vez que la veía y él decía que se iba para Europa. Pero ella siempre se quedaba. Ahora, al final, también se queda. Pero también ella siempre termina siguiéndolo. Esta vez llegó a Guaduas. Allí le dijeron que el Libertador había muerto. Se fue y su final fue un final tremendo. Pero precioso: se borró del mundo.

—Alguna vez dijo usted que las dificultades que se le presentaron cuando iba a escribir Cien años... *fueron las del tono y el lenguaje. ¿Enfrentó con* El general... *alguna dificultad similar?*

—Sí, el tono. He hecho lo posible para que, sin hacer un pastiche, parezca una crónica de época.

—Pero las condiciones físicas y psíquicas de Bolívar, que a veces delira por la fiebre y la enfermedad, le podían permitir recursos literarios más modernos. El monólogo interior, por ejemplo. ¿No tuvo la tentación?

—No. Yo quería que se pareciera a un documento de la época para protegerme de las limitaciones.

—¿De ahí la estructura tradicional de la novela con narrador omnisciente, tiempo lineal apenas roto por evocaciones y recuerdos...?

—Sí. Pero hay una cosa de la que tal vez no te alcanzaste a dar cuenta. En ningún momento se sabe qué está pensando Bolívar. Se sabe qué piensan los personajes alrededor. Pero él no, porque si yo como autor sé lo que está pensando Bolívar, no tengo posibilidad de especulación, ni nada. Entonces, yo no entro en la subjetividad de Bolívar. Entro en la de los demás, hasta en la de las mujeres, pero no en la de Bolívar.

—¿Cómo es eso de las nueve versiones antes de la definitiva que salió finalmente? ¿Cómo fue la confrontación que hizo del libro con los historiadores venezolanos?

—Cuando llegué a Venezuela, en mayo, tenía el libro escrito, precocido. Escribí el libro con los datos bibliográficos y con los que me dieron Eugenia Gutiérrez Celis y Fabio Puyo. Entonces pregunté por el historiador que más conocía humanamente a Bolívar. Me dijeron que era Vinicio Romero. Conocía toda la letra menuda. Lo llamé y efectivamente me dio una cantidad de detalles. Yo le pasaba cuestionarios enteros que él me contestaba. Lo que más me interesaba era que Bolívar se viera como hombre, como ser humano.

—¿Su intención principal era desmitificarlo, mostrarlo como usted mismo dice en la novela cuando la gloria le ha salido del cuerpo?

—Sí. Mira, Fidel Castro, cuando le preguntaron hace unos días en Caracas si creía que era una imagen irreverente del Libertador, dijo: "Es una imagen pagana". Eso era lo que yo quería y creo que lo logré. Cómo respetaré a Bolívar, que no quise que el libro fuera lanzado en la Quinta de Bolívar, con muchachas disfrazadas de Manuelita Sáenz vendiendo el libro. *El general...* fue escrito, entre otras razones, para que a la memoria de Bolívar no le sigan haciendo cosas así.

—¿No teme desatar una polémica con la publicación de su libro?

—Esa es una polémica entre bolivarianos y antibolivarianos. Yo lo que tenía que decir ya lo dije. A mí no me sacan una palabra más sobre eso. Mi opinión es esa y como lo mío es una novela, yo digo que era así. Lo demás son interpretaciones que no me conciernen. ¡Allá ellos!

—¿Detesta a Santander?

—No, pero hizo el país que tenemos hoy.

—¿Cómo es?

—Un gran país, pero que está muy jodido por una cosa que viene en la mentalidad de Santander, que es que las instituciones no se corresponden con la realidad.

—Si Santander no se hubiera interpuesto en el camino de Bolívar, ¿Colombia sería un país distinto?

—Las diferencias que hay entre Venezuela y Colombia son muy grandes y no obedecen a nada más que a la diferencia de las instituciones. En Venezuela se ganaron las guerras federales. Existe hace mucho tiempo matrimonio civil, divorcio, separación entre la Iglesia y el Estado, educación laica. Esa es la diferencia entre los dos países: las instituciones. Santander fue un gran gobernante, pero para hacer un país que yo creo que hay que reanalizarlo por completo.

—¿En qué sentido?

—Creo que estamos actuando, pensando, concibiendo y tratando de seguir haciendo un país que no es el real, sino el que está en el papel. La Constitución, las leyes... todo en Colombia es magnífico, todo en el papel. No corresponde para nada con la realidad. En ese sentido, Venezuela está más cerca del pensamiento de Bolívar que Colombia. Colombia es un país santanderista. Las instituciones, la organización jurídica y administrativa son santanderistas, pero el país es bolivariano. Esa es otra cosa. Hay una tradición democrática reprimida hace muchos, muchos años, que es la única esperanza que nos queda, que le queda a Colombia.

—Resulta curioso que hable de esperanza.

●▶



CORRECTORES

Luego de estar terminado desde octubre pasado, García Márquez siguió su inveterada costumbre de someter el original de *El General...* al juicio de sus amigos más cercanos, quienes aportaron nuevos datos y algunas precisiones. Así, sólo en marzo la editorial Oveja Negra tuvo en su poder el original definitivo de la obra, que vino en un moderno *diskette* de computador. Durante todo un fin de semana, día y noche, media docena de correctores de la casa editorial se enfrentaron a la novela. Durante todo este tiempo estuvieron comunicados vía telefax con el escritor. Fuera de algunas erratas, atribuidas al personal encargado de levantar el texto, todo aquello que los correctores colombianos consideraron como error, fue sustentado y mantenido por el escritor. Lo que sigue es uno de los muchos comunicados que durante ese fin de semana Gabo les envió a sus correctores.

Para los sufridos correctores Gabo:

Una armazón. Lo uso como femenino, a pesar de las dos aes seguidas, porque me suena más anticuado. He querido darle a todo el relato un tono casi imperceptible de crónica de la época, que ojalá haya logrado sin exageraciones.

Gran Mariscal o general. El problema fue estudiado en su momento y se decidió no unificarlos para hacer alguna distinción entre las menciones solemnes y las que lo son menos.

La fiesta antes de que. Discutible o no, *el que* después de *después* o de *antes* lo he usado a mi antojo por la muy subjetiva razón del ritmo en la frase. Así que no hay problema: el abuso no es del corrector sino del autor.

Vals o *valse*. Ambas son correctas: Bolívar decía *vals*, de acuerdo con su tiempo, y el narrador dice *valse* de acuerdo con el suyo. Así lo encontrarán en todo el relato.

Otro sí. Cualquier adverbio en *mente* que encuentren por ahí les ruego señalármelo, salvo si es en una cita.

Asimismo les ruego consultarme no sólo las dudas sino también las convicciones.

Muchas gracias, y reciban un abrazo, con mi admiración y mi compasión de siempre.

Domingo 23 de abril de 1989

"El mundo está dividido entre los que cagan bien y los que cagan mal."



que me dio la imagen exacta de Bolívar.

—*¿Por qué repudiaron esa anécdota?*

—Porque los historiadores sostienen que en esa fecha O'Leary no estaba en Bogotá.

—*¿No habrá más bien, en el fondo, temor a desmitificar la imagen de Bolívar?*

—¡Claro que es el temor a desmitificarlo! Mis amigos, los historiadores venezolanos que han leído el libro, después de que lo trabajamos históricamente a fondo, no han tenido ya más reproches que hacerle al libro. Pero uno de ellos me pidió, por favor, que lo vistiera.

—*Como lo que sucedió con los frescos de Miguel Angel de la Capilla Sixtina. ¿Por qué?*

—Porque dice que todo el libro es muy respetuoso, es una gran reverencia. Pero eso de que esté desnudo... nadie anda desnudo. Yo le dije: tú sabes que es cierto. Yo ando desnudo en mi casa, y conozco muchísima gente de la costa, sobre todo hombres, que andan desnudos.

—*La desnudez... ¿Con cuál otro rasgo logró darle al héroe carne y hueso?*

—Otra cosa que me ayudó mucho para hacerme idea de la personalidad fue algo que encontré en un relato del pintor José María Espinosa, en *Memorias de un abanderado*. El está pintando a Bolívar en el Palacio de San Carlos. Manuelita vivía enfrente. Es unos días antes del atentado de setiembre. De pronto se oye una gritería. Bolívar deja de posar y se asoma al balcón. Ve a un oficial de a caballo que atraviesa el patio a la carrera y le dice: "Qué, ¿anda usted de carrera?". Y el tipo se voltea y le dice: "No he matado a ese cartagenero por respeto a no sé qué cosa". Ese Bolívar que se asoma y grita, es el Bolívar de verdad. Pero nadie ha considerado los relatos de Espinosa, porque era un pintor.

—*A propósito de las pinturas y de la iconografía de Bolívar, ¿cuál es el retrato que más se aproxima a su Bolívar?*

—Creo que el más cercano es el de un autor anónimo, el Bolívar haitiano, que es el que describo yo en el almuerzo con Miranda Lindsay.

—*¿De dónde surge Miranda Lindsay?*

—Es totalmente de ficción. De todas las mujeres, yo me quedé con Manuela. Hay 35, de las cuales algunas parece que son históricas, otras no. Entonces decidí inventármelas a todas, salvo a Manuela, que es como aparece en el libro.

—*Si Bolívar quería tanto a Manuela, ¿por qué la deja?*

—Bolívar siempre deja a Manuela. Lo que pasa es que ahora se nota, porque él se murió. Era la última vez que la veía y él decía que se iba para Europa. Pero ella siempre se quedaba. Ahora, al final, también se queda. Pero también ella siempre termina siguiéndolo. Esta vez llegó a Guaduas. Allí le dijeron que el Libertador había muerto. Se fue y su final fue un final tremendo. Pero preciso: se borró del mundo.

—*Alguna vez dijo usted que las dificultades que se le presentaron cuando iba a escribir* Cien años... *fueron las del tono y el lenguaje. ¿Enfrentó con* El general... *alguna dificultad similar?*

—Sí, el tono. He hecho lo posible para que, sin hacer un pastiche, parezca una crónica de época.

—*Pero las condiciones físicas y psíquicas de Bolívar, que a veces delira por la fiebre y la enfermedad, le podían permitir recursos literarios más modernos. El monólogo interior, por ejemplo. ¿No tuvo la tentación?*

—No. Yo quería que se pareciera a un documento de la época para protegerme de las limitaciones.

—*¿De ahí la estructura tradicional de la novela con narrador omnisciente, tiempo lineal apenas roto por evocaciones y recuerdos...?*

—Sí. Pero hay una cosa de la que tal vez no te alcanzaste a dar cuenta. En ningún momento se sabe qué está pensando Bolívar. Se sabe qué piensan los personajes alrededor. Pero él no, porque si yo como autor sé lo que está pensando Bolívar, no tengo posibilidad de especulación, ni nada. Entonces, yo no entro en la subjetividad de Bolívar. Entro en la de los demás, hasta en la de las mujeres, pero no en la de Bolívar.

—*¿Cómo es eso de las nueve versiones antes de la definitiva que salió finalmente? ¿Cómo fue la confrontación que hizo del libro con los historiadores venezolanos?*

—Cuando llegué a Venezuela, en mayo, tenía el libro escrito, precocido. Escribí el libro con los datos bibliográficos y con los que me dieron Eugenia Gutiérrez Celis y Fabio Puyo. Entonces pregunté por el historiador que más conocía humanamente a Bolívar. Me dijeron que era Vinicio Romero. Conocía toda la letra menuda. Lo llamé y efectivamente me dio una cantidad de detalles. Yo le pasaba cuestionarios enteros que él me contestaba. Lo que más me interesaba era que Bolívar se viera como hombre, como ser humano.

—*¿Su intención principal era desmitificarlo, mostrarlo como usted mismo dice en la novela cuando la gloria le ha salido del cuerpo?*

—Sí. Mira, Fidel Castro, cuando le preguntaron hace unos días en Caracas si creía que era una imagen irreverente del Libertador, dijo: "Es una imagen pagana". Eso era lo que yo quería y creo que lo logré. Cómo respetaré a Bolívar, que no quise que el libro fuera lanzado en la Quinta de Bolívar, con muchachas disfrazadas de Manuelita Sáenz vendiendo el libro. *El general...* fue escrito, entre otras razones, para que a la memoria de Bolívar no le sigan haciendo cosas así.

—*¿No teme desatar una polémica con la publicación de su libro?*

—Esa es una polémica entre bolivarianos y antibolivarianos. Yo lo que tenía que decir ya lo dije. A mí no me sacan una palabra más sobre eso. Mi opinión es esa y como lo mío es una novela, yo digo que era así. Lo demás son interpretaciones que no me conciernen. ¡Allá ellos!

—*¿Detesta a Santander?*

—No, pero hizo el país que tenemos hoy.

—*¿Cómo es?*

—Un gran país, pero que está muy jodido por una cosa que viene en la mentalidad de Santander, que es que las instituciones no se corresponden con la realidad.

—*Si Santander no se hubiera interpuesto en el camino de Bolívar, ¿Colombia sería un país distinto?*

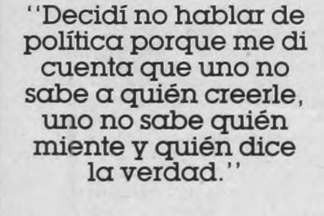
—Las diferencias que hay entre Venezuela y Colombia son muy grandes y no obedecen a nada más que a la diferencia de las instituciones. En Venezuela se ganaron las guerras federales. Existe hace mucho tiempo matrimonio civil, divorcio, separación entre la Iglesia y el Estado, educación laica. Esa es la diferencia entre los dos países: las instituciones. Santander fue un gran gobernante, pero para hacer un país que yo creo que hay que reanalizarlo por completo.

—*¿En qué sentido?*

—Creo que estamos actuando, pensando, concibiendo y tratando de seguir haciendo un país que no es el real, sino el que está en el papel. La Constitución, las leyes... todo en Colombia es magnífico, todo en el papel. No corresponde para nada con la realidad. En ese sentido, Venezuela está más cerca del pensamiento de Bolívar que Colombia. Colombia es un país santanderista. Las instituciones, la organización jurídica y administrativa son santanderistas, pero el país es bolivariano. Esa es otra cosa. Hay una tradición democrática reprimida hace muchos, muchos años, que es la única esperanza que nos queda, que le queda a Colombia.

—*Resulta curioso que hable de esperanza.*





"Decidí no hablar de política porque me di cuenta que uno no sabe a quién creerle, uno no sabe quién miente y quién dice la verdad."



"Uno de los historiadores venezolanos que leyó el libro sobre Bolívar me pidió, como favor, que el general no apareciera desnudo."





En sus obras parece haber en el fondo una cierta concepción trágica de la historia y de la condición humana. La soledad parece ser siempre la única realidad, lo último que queda. ¿Por qué ese fatalismo?

—Esa es una interpretación apresurada. No todo termina en la soledad. Yo diría que trato de poner sobre la mesa todos los factores negativos que hay, para que nos demos cuenta de lo que tenemos que hacer.

—*También es permanente en* El general... *la convivencia, el contrapunto soledad-amor.*

—Estás definiendo *Cien años...*

—*Tal vez, pero también encuentro eso en Bolívar. Frente al abandono, al deterioro, a la soledad, lo único que Bolívar parece rescatar como positivo es el amor.*

—Bueno, es eso lo que hay en todos mis libros, no como dices tú, la soledad final. Son la soledad y el amor, los opuestos. Tal vez es el amor la única opción, la única salvación que nos queda.

—*Después de haber leído tanto sobre Bolívar, de haberse documentado tanto, ¿hay algo que le haya quedado definitivamente claro sobre el Libertador?*

—Después de sentarme a leer tranquilamente el libro que escribí, lo que creo es que Bolívar no se paraba en medio de ninguna clase con tal de llegar a lo que buscaba. Que el continente fuera un solo país. Y libre. Quería verdaderamente una patria infinita: América latina. Fue lo único en lo que no tuvo ninguna contradicción.

—*¿Si el fin justifica los medios, entonces, sí existió en Bolívar lo que podríamos llamar la tentación totalitaria y no fue sólo calumnia de la oposición santanderista?*

—Sí existió. Era claro que Bolívar estaba dispuesto a apelar a cualquier medio por la unidad e independencia de América Latina. Si era necesario el totalitarismo, estaba dispuesto a ser totalitario; si la democracia, a ser democrático.

—*¿Y la necesidad del poder monárquico?*

—Eso está muy claro. Cuando Bolívar pide presidencia vitalicia y senado vitalicio, está enmascarando lo que siente: la necesidad de la monarquía. Siente que la vida de un hombre no alcanza para esa obra tan grande que él concibe.

—*¿Entonces Santander tenía sus razones para salirle al paso?*

—Hay unas nuevas tendencias en la misma Venezuela, de santanderistas, que piensan que hoy se sabe lo que fue Bolívar y que tiene la grandeza que tiene gracias a Santander que le sirvió de dique y que le impidió que se desbordara en el absolutismo.

—*Bolívar era hombre de grandes contradicciones.*

—Bolívar era él y su contrario. Todas las contradicciones son verdad. El problema de biografiar a Bolívar es que tú encuentras una frase que, por ejemplo, prueba que era partidario de la monarquía y enseguida encuentras otra que demuestra lo contrario. Todas las dudas que Bolívar tiene en mi libro se tienen estudiando a Bolívar.

—*Usted siempre ha dicho que en cada uno de sus personajes hay algo suyo. ¿Qué hay suyo en Bolívar?*

—Me siento identificado en muchas cosas con Bolívar. Por ejemplo, en esa cosa de no pararle muchas bolas a la muerte porque lo distrae a uno de lo fundamental, que es lo que está haciendo uno en la vida. Y ésa es una interpretación que tengo de Bolívar perfectamente comprobable por sus cartas y por su conducta. No quería saber absolutamente nada de los médicos, ni de su enfermedad. Debía sospechar que estaba al borde de la muerte, creía que no tenía remedio. Si se ponía a averiguar... Una enfermedad es como un empleo: hay que dedicarse por completo a eso. Yo también tengo esa misma concepción. Que la idea de la muerte no me distraiga de lo que estoy haciendo, porque lo que va a quedar es lo que uno haga de vivo.

—*¿Qué más le prestó usted a Bolívar?*

—Lo que menos te imaginas de mí: lo colérico, que lo controlaba también como lo controlo yo. La verdad es que el novelista hace un personaje con retazos de sí mismo. Otra cosa que me llamó la atención y que estuve explorando mucho es su relación con las mujeres. Creo que ahí digo todo. Hay un momento en que me detengo y digo lo que pienso de él. Creo que no quiso a nadie. Probablemente a la esposa y lo que pasó fue que le cogió miedo al amor.

—*¿Por eso dice: "Nunca volveré a enamorarme. Es como tener dos almas al mismo tiempo"?*

—Sí, pero eso no es de Bolívar. Eso es mío.

—*¿De usted que no hace sino hacer el elogio del amor?*

—Bueno, un momento. Bolívar dice eso. Lo que es mío es que estar enamorado es como tener dos almas. Y eso es maravilloso.

—*Aventuro una hipótesis: el coronel (de* El coronel no tiene quien le escriba) *y el general tienen muchos rasgos en común. Pero es curioso que en ambos, aunque parezca absurdo, tan importante como su grandeza moral es su problema de estreñimiento.*

—Tú no encontrarás en ningún biógrafo de Bolívar el estreñimiento. Yo lo encontré en Reverend, el médico, pero muy de pasada. Dice que le dieron una cucharada para su estreñimiento crónico. Cuando dice estreñimiento crónico, ya tú sabes cómo es el carácter del tipo. Porque yo he dicho que el mundo está dividido entre los que cagan bien y los que cagan mal.

—*¿Se volvió bolivariano?*

—Sí. Y lo único que sé es que no sabemos historia de Colombia. Entonces una tarea que tengo ahora, ya terminado el libro, es crear una fundación —la Fundación para escribir la verdadera historia de Colombia—. Voy a reservar el producto del Bolívar para esta fundación. Voy a organizar a un grupo de historiadores jóvenes, no contaminados, para tratar de escribir la verdadera historia de Colombia, no la historia oficial, para que nos cuenten en un solo tomo cómo es ese país y que se lea como una novela. Porque, te insisto, no sólo Colombia, sino América latina, habría que analizarla de nuevo. Tanto *El general...* como la Fundación son tentativas de buscar las raíces de todo lo que está sucediendo hoy en Colombia.

—*¿Hay algo rescatable?*

—La imaginación creativa. En Colombia, a pesar de todos los horrores, sigue la creatividad. Es increíble. Hasta la creatividad de los delincuentes colombianos es superior a la de los de cualquier otro país. La de los artistas, ¡olvídate! En Colombia hay teatro, pintura, literatura... Hay de todo. Pero el Estado prácticamente no da un centavo para la cultura, para la creatividad. El Estado tampoco gasta en educación, en salud pública. Y el capitalismo colombiano, los oligarcas colombianos, no se sacrifican en nada y por eso cada cual tiene que defenderse como puede. Por eso dicen que la economía está bien y el país está mal. ¡Pero si es que es un Estado tacaño, completamente santanderista!

—*¿Cree usted que* El general... *es un libro sin grietas?*

—La única debilidad que me reconozco es que es un libro vengativo contra los que le hicieron a Bolívar lo que le hicieron.

—*¿Cómo explica el culto a Bolívar, que es indudablemente mayor que el que se rinde a Santander?*

—Ese culto desmesurado y sacralizado de Bolívar no es más que un sentimiento atávico de culpa de los que lo trataron como un perro. Pero yo sigo creyendo que Bolívar, así, apaleado y jodido, es mucho más grande que como nos lo han tratado de vender.

"Bolívar tratado como un perro, apaleado y jodido, es mucho más grande que la imagen que nos trataron de vender."



LA PELUQUERA DEL REY

Dicen que el primer negocio que Carmen Balcells hizo con Gabriel García Márquez fue por mil dólares, suma correspondiente a los derechos de *Los funerales de mamá grande* y *El coronel no tiene quien le escriba*. Eso fue antes de la aparición de *Cien años de soledad*, en 1967, desde cuando han ocurrido muchas cosas, incluyendo el Nobel. Durante las últimas semanas —dicen— las transacciones que hace esta mujer catalana y enérgica con las 22 editoriales del mundo que publican *El general en su laberinto* se acercan a los 10 millones de dólares. Como buena catalana, detesta hablar de dinero con los demás y por eso se enojó con *Le Monde* y otras publicaciones que siguen insistiendo en esa cifra mágica.

La llaman Carmen, nada más, y en el mundo editorial ya se sabe quién es y los escritores la adoran porque es capaz de defenderles diez dólares en un contrato sobre derechos para televisión. Algunos editores la detestan o cuando menos le temen, porque se les enfrenta en Barcelona, Nueva York, Bogotá, México o cualquier ciudad del mundo.

Pocos agentes literarios tiene una nónima de autores como ella: García Márquez, Vargas Llosa, Cabrera Infante, Fuentes, Onetti, Juan y Luis Goytisolo, Camilo José Cela, Vásquez Montalbán, Juan Marsé, Eduardo Mendoza, Isabel Allende, Pablo Neruda, Vicente Aleixandre, Cortázar, por supuesto, y también Graham Greene, John Le Carré Alvaro Mutis y Osvaldo Soriano. La tesis de Carmen es simple y hasta poética: "Vendo el producto más delicado de la tierra: las palabras". Y por eso se molesta cuando le hablan de millones y dice: "No es que yo pida determinada cantidad de dinero. Se trata de una estimación global por el conjunto de una operación sobre derechos de autor y si te pones a sumar y sumar te puede dar una suma millonaria".

Tiene 59 años, nació en Lérida, estudió en un colegio de monjas teresianas y en la Escuela de Altos Estudios Mercantiles. Luego entró al negocio editorial donde aprendió las claves de su maestría con Seix Barral y Ediciones 62, al lado de Carlos e Ivonne Barral y José María Castellet. Se hizo amiga del escritor rumano Vintilia Horia, quien manejaba a varios e importantes autores extranjeros y españoles. Cuando Horia se marchó a París después de ganarse el premio *Goncourt*, Balcells heredó sus escritores. Es que ese oficio no existía en España y ella comenzó por donde debía comenzar: vendiendo los derechos de autores latinoamericanos y españoles en otros países, en otros idiomas.

Con García Márquez, para muchos su escritor favorito, y el más rentable, se conoció en 1965 durante la época de vacas flacas del colombiano. Este entendió que era un amor a primera vista. Suya es la frase: "Nunca hablo de dinero con los editores, porque tengo un agente literario que habla por mí mejor que yo. Primero, porque es mujer y después, porque es catalana".

En el mundo editorial internacional, el caso de esta mujer es ejemplar. Fue de los primeros agentes que emprendió la defensa a fondo de sus autores, con una cantidad de cláusulas capaz de cubrir cualquier situación futura con los libros. A medida que sus escritores se hacían más famosos y más premiados, crecía la leyenda de los anticipos millonarios que era capaz de conseguir para ellos.

Algunos editores sostienen que ella es culpable de la ruina de algunos sellos, por los jugosos anticipos que tuvieron que pagar para asegurarse la publicación de uno de sus defendidos. Ella dice: "Las editoriales se arruinan por culpa de los malos gestores, no por los adelantos. Lo que pasa es que no puedo proteger a mis autores y a mi empresa y al mismo tiempo proteger esas editoriales mal manejadas".

Como no le gusta delegar funciones, trata de hacerlo todo ella misma —a pesar de que a su oficina se presentan más de 100 autores— y en ocasiones algunos autores se quejan de que ella prefiere a los más importantes. Ella responde que "a todos los atiendo, a todos los mimo, porque tenemos excelentes relaciones de amistad. Lo que pasa es que en ocasiones surgen problemas que demandan más atención que los simples asuntos rutinarios".

Hay otra leyenda, la expresa un escritor: "Si le caes bien a ella como autor, no sólo pelea por tu libro sino que es capaz de ir a tu casa a cocinarte o acompañarte si estás enfermo".

Pero Carmen, la Mamá Grande de muchos escritores grandes, es temperamental, tiene poco sentido del humor, es vanidosa como cualquier mujer que se precie de serlo y se muere por la buena mesa. Cuando le dicen que es una mujer importante dice: "Apenas soy la peluquera del rey".